

LA MONJA SANGRIENTA Y OTROS RELATOS

CHARLES NODIER

La Monja Sangrienta

Un aparecido frecuentaba el castillo de Lindenberg, de manera que lo hacía inhabitable. Apaciguado después por un santo hombre, se limitó a ocupar sólo una habitación, que estaba siempre cerrada. Pero cada cinco años, el cinco de mayo, a una hora exacta de la mañana, el fantasma salía de su asilo.

Era una religiosa cubierta con un velo y vestida con un hábito manchado de sangre. En una mano sostenía un puñal, y en la otra una lámpara encendida. Descendía así la escalera principal, atravesaba los patios, salía por la puerta principal, que se preocupaban de dejar abierta, y desaparecía.

La llegada de esta fecha misteriosa estaba próxima, cuando el enamorado Raymond recibió la orden de renunciar a la mano de la joven Agnès, a quien amaba locamente.

Raymond le pidió una cita, la obtuvo, y le propuso un rapto. Agnès conocía de sobra la pureza del corazón de su amante para vacilar en seguirle: — Dentro de cinco días —le dijo ella— la monja sangrienta debe dar su paseo. Abrirán las puertas y nadie se atreverá a interponerse en su camino. Yo sabré procurarme vestidos apropiados y salir sin ser reconocida. Estad preparado a cierta distancia... — Alguien entró en ese momento y les obligó a separarse.

El cinco de mayo, a medianoche, Raymond se encontraba a las puertas del castillo. Un coche y dos caballos le esperaban en una cueva cercana.

Las luces se apagan, cesa el ruido, suena el reloj; el portero, siguiendo la antigua costumbre, abre la puerta principal. Una luz aparece en la torre del este, recorre una parte del castillo, desciende... Raymond divisa a Agnès, reconoce el vestido, la lámpara, la sangre y el puñal. Se acerca; ella se arroja en sus brazos. La lleva casi desvanecida en el coche; parte con ella, al galope de los caballos.

Agnès no decía ni una palabra.

Los caballos corrían hasta perder el aliento; dos postillones que trataron vanamente de retenerlos fueron derribados.

En ese momento, una tormenta espantosa se levanta, los vientos soplan desencadenados; el trueno ruge en medio de miles de relámpagos; el coche desbocado se rompe... Raymond cae sin sentido.

A la mañana siguiente se ve rodeado de campesinos que le llaman a la vida. Él les habla de Agnès, del coche, de la tormenta. Nada han visto, nada saben, y está a más de diez leguas del castillo de Lindenberg.

Le llevan a Ratisbonne; un médico cura sus heridas y le recomienda reposo. El joven amante ordena mil búsquedas inútiles y hace cien preguntas a las que nadie puede responder. Todos creen que ha perdido la razón.

Sin embargo, el día va pasando; el cansancio y el agotamiento le procuran

el sueño. Dormía bastante apaciblemente, cuando el reloj de un convento cercano le despierta, al dar la hora. Un secreto horror se apodera de él, se le erizan los cabellos, se le hiela la sangre. La puerta se abre con violencia; bajo el resplandor de una lámpara que está sobre la chimenea, ve avanzar a alguien: es la *monja sangrienta*. El espectro se acerca, le mira fijamente y se sienta en la cama durante toda una hora. El reloj da las dos. El fantasma entonces se levanta, coge la mano de Raymond con sus dedos helados y le dice:

—Raymond, yo soy tuya; y tú eres mío para toda la vida. —Salió enseguida, y la puerta se cerró tras ella.

Una vez libre, grita, llama; se persuaden cada vez más de que no está en su sano juicio; su mal aumenta y los auxilios de la medicina son vanos.

La noche siguiente, la monja volvió, y sus visitas se repitieron durante varias semanas. El espectro, sólo visible para él, no era percibido por ninguno de los que hacía acostar en su habitación.

Entretanto, Raymond averiguó que Agnès había salido demasiado tarde y le había buscado inútilmente por los alrededores del castillo; de donde concluyó que a quien había raptado era a la monja sangrienta. Los padres de Agnès, que no aprobaban su amor, aprovecharon la impresión que produjo esta aventura en su espíritu para determinarla a que tomase los hábitos.

Finalmente, Raymond fue liberado de su espantosa compañía. Llevaron a su presencia a un personaje misterioso que pasaba por Ratisbonne; le introdujeron en la habitación a la hora en que debía aparecer la monja sangrienta. Ésta tembló al verle y, tras una orden de aquél, explicó el motivo de sus inoportunas apariciones: religiosa española, había abandonado el convento para vivir en el desorden con el señor del castillo de Lindemberg; infiel a su amante, al igual que a su Dios, le había apuñalado; asesinada ella misma por su cómplice, con el que quería casarse, su cuerpo había permanecido sin sepultura y su alma sin asilo erraba desde hacía un siglo. Pedía un poco de tierra para su cuerpo y oraciones para su alma. Raymond se las prometió y no la volvió a ver.

El Vampiro Arnold-Paul

Un campesino de Medreiga (aldea de Hungría), llamado *Arnold-Paul*, fue aplastado por un carro cargado de heno. Treinta días después de su muerte, cuatro personas murieron súbitamente, de la misma forma que los que son atacados por vampiros. Se recordó entonces que Arnold-Paul había contado a menudo que, en lo alrededores de Cassova, en la frontera de Turquía, le había *acosado* un vampiro turco; pero como sabía que las víctimas de los vampiros se convertían a su vez en vampiros después de la muerte, había encontrado el medio de curarse comiendo tierra del vampiro turco y frotándose con su sangre. Se presumió que si este remedí había curado a Arnold-Paul, no le había impedido convertirse a su vez en vampiro. En consecuencia, le desenterraron para asegurarse de ello y, aunque llevaba inhumado cuarenta días, encontraron que el cuerpo estaba sonrosado; advirtieron que los cabellos, las uñas y la barba se habían renovado, y que las venas estaban llenas de una sangre fluida.

El magistrado del lugar, en presencia del cual se realizó la exhumación y que era un hombre experto en vampirismo, ordenó hundir en el corazón del cadáver una estaca puntiaguda y atravesarle de parte a parte; lo que fue ejecutado enseguida. El vampiro lanzó gritos espantosos e hizo los mismos movimientos que si hubiera estado vivo. Después de lo cual le cortaron la cabeza y le quemaron en una gran hoguera. A continuación hicieron sufrir el mismo tratamiento a las cuatro personas a quienes Arnold-Paul había matado, por temor de que se convirtieran también en vampiros.

A pesar de todas estas precauciones, el vampiro reapareció al cabo de algunos años; y en el espacio de tres meses, diecisiete personas, de distintas edades y sexo, perecieron miserablemente: unas sin estar enfermas, y las otras después de dos o tres días de abatimiento. Una joven llamada Stanoska, después de haberse acostado una noche en estado de perfecta salud, se despertó en medio de la noche, temblando, lanzando gritos horribles y diciendo que el joven Millo, muerto desde hacía nueve semanas, había estado a punto de estrangularla mientras dormía. Al día siguiente, Stanoska se sintió muy enferma y murió después de tres días de padecimientos.

Las sospechas recayeron sobre el joven muerto, y se pensó que debía de ser un vampiro. Le desenterraron, le reconocieron como tal y le ejecutaron en consecuencia. Los médicos y cirujanos del lugar investigaron cómo había podido renacer el vampiro al cabo de un tiempo tan considerable, y después de mucho indagar, descubrieron que Arnold-Paul, el primer vampiro, había atormentado no sólo a las personas que habían muerto poco tiempo después que él, sino también a varias bestias cuya carne había comido gente que moría

poco después, y entre otra el joven Millo. Reanudaron las ejecuciones y encontraron diecisiete vampiros, a quienes les atravesaron el corazón, les cortaron la cabeza les quemaron y arrojaron sus cenizas al río...

Estas medidas acabaron con el vampirismo en Medreiga.

Joven Flamenca Estrangulada Por El Diablo

La historia que viene a continuación tuvo lugar el veintisiete de mayo de 1582. Vivía en Amberes una chica joven y bella, amable, rica y de buena casa; esto la hacía ser altiva, orgullosa, y sólo buscaba, día tras día, la forma de agradar con sus trajes suntuosos a una infinidad de elegantes que le hacían la corte.

Esta joven fue invitada, según la costumbre, a las bodas de un amigo de su padre que se casaba. Como no quería faltar y estaba deseosa de asistir a tal fiesta para superar en belleza y gracia a todas las demás damas y doncellas, preparó sus ricos trajes, dispuso el bermellón con el que quería maquillarse a la manera de las italianas y, como no hay cosa que más guste a las flamencas que la ropa bonita, mandó hacer cuatro o cinco pавanas, cuya vara de tela costaba nueve escudos. Cuando estuvieron terminadas, ordenó venir a una planchadora y le encomendó la tarea de almidonar con cuidado dos de las pавanas para el día de las bodas y el siguiente, prometiéndole por su trabajo el equivalente a veinticuatro cuartos.

La planchadora lo hizo lo mejor posible, pero la doncella no las encontró de su agrado y envió enseguida a buscar a otra obrera a quien entregó las pавanas y el sombrero para almidonarlos, prometiéndole un escudo si todo era de su gusto. Esta segunda planchadora empleó toda su habilidad para hacerlo bien; pero tampoco pudo contentar a la joven que, despechada y furiosa, desgarró y lanzó por la habitación sus pавanas y sombreros, blasfemando el nombre de Dios y jurando que prefería *que el diablo se la llevase* antes que ir a las bodas así vestida.

Apenas hubo pronunciado la pobre doncella estas palabras cuando él diablo, que estaba al acecho y había adoptado la apariencia de uno de sus más queridos admiradores, se presentó ante ella con una gorguera en el cuello admirablemente almidonada y arreglada a la última moda. La joven, engañada, y creyendo que hablaba con uno de sus favoritos, le dijo amablemente:

—Amigo mío, ¿quién os ha compuesto tan bien vuestras gorgueras? Es así como yo las quería.

El espíritu maligno respondió que las había arreglado él mismo, y dicho esto se las quita del cuello y las pone graciosamente en el de la doncella, que no pudo contener la alegría de verse tan bien engalanada. Después de haber abrazado a la pobrecilla por la cintura, como para besarla, el malvado demonio lanzó un grito horrible, le retorció miserablemente el cuello y la dejó sin vida en el suelo.

El grito fue tan espantoso que el padre de la joven y todos los que estaban

en la casa concibieron al oírlo el presagio de alguna desgracia. Se apresuraron a subir a la habitación donde encontraron a la doncella rígida y muerta, con el cuello y el rostro negros y magullados. Tenía la boca azulada y desfigurada de tal manera que todos retrocedieron de espanto. El padre y la madre, después de haber gritado y sollozado durante largo rato, ordenaron amortajar a su hija, a quien introdujeron después en un féretro; y para evitar el deshonor que temían, dieron a entender que su hija había muerto súbitamente de apoplejía. Pero un suceso como aquél no podía permanecer en secreto. Al contrario: era necesario que fuera puesto de manifiesto ante todos, a fin de servir de ejemplo. Cuando el padre hubo dispuesto todo para el entierro de su hija, se encontró con que cuatro hombres fuertes y corpulentos no pudieron levantar ni mover el ataúd que cobijaba aquel desgraciado cuerpo. Hicieron venir a otros dos porteadores robustos que se unieron a los cuatro primeros; pero fue en vano, pues el féretro era tan pesado que no se movía, como si estuviera clavado con fuerza en el suelo. Los asistentes, espantados, pidieron que se abriera el ataúd, y se procedió a ello al instante. Entonces —¡oh, prodigio espantoso!—, no encontraron en el féretro más que un gato negro, que se escapó precipitadamente y desapareció sin que se pudiera saber lo que fue de él. El ataúd permaneció vacío; la desgracia de la chica mundana fue descubierta y la iglesia no le concedió las oraciones de los muertos.

Vampiros De Hungría

Un soldado húngaro estaba alojado en casa de un campesino de la frontera, y un día, cuando comía con él, vio entrar a un desconocido que se sentó a la mesa al lado de ellos. El campesino y su familia parecieron muy asustados por esta visita, y el soldado, que ignoraba lo que significaba aquello, no sabía qué pensar del pavor de estas buenas gentes. Pero al día siguiente, cuando encontraron muerto en la cama al dueño de la casa, el soldado supo que se trataba del padre de su hospedero, muerto y enterrado desde hacía diez años, que había venido a sentarse a la mesa al lado de su hijo, y de esta forma le había anunciado y causado la muerte.

El militar informó a su regimiento de este suceso. Los generales enviaron a un capitán, un cirujano, un auditor y algunos oficiales para comprobar el hecho. La gente de la casa y los habitantes del pueblo declararon que el padre del campesino había vuelto para provocar la muerte de su hijo, y que todo lo que el soldado había visto y contado era totalmente cierto. En consecuencia, mandaron desenterrar el cuerpo del espectro. Lo encontraron en el estado de un hombre que acaba de expirar y con la sangre todavía caliente; entonces le cortaron la cabeza y le depositaron de nuevo en la tumba. Después de esta primera expedición, los oficiales fueron informados de que otro hombre, muerto hacía más de treinta años, solía aparecerse, y que ya se había presentado tres veces en su casa a la hora de la comida. La primera vez había mordido el cuello de su propio hermano y le había sacado mucha sangre; la segunda, había hecho lo mismo a uno de sus hijos; un criado había recibido el mismo trato la tercera vez. Estas tres personas habían muerto a consecuencia de ello. Este aparecido desnaturalizado fue desenterrado también; lo encontraron tan lleno de sangre como el primer vampiro. Le hundieron un gran clavo en la cabeza y le recubrieron de tierra. Cuando la comisión creía que ya se había librado de los vampiros, por todas partes se presentaron denuncias contra un tercer vampiro que, muerto dieciséis años atrás, había matado y devorado a dos de sus hijos; este tercer vampiro fue quemado y considerado el más culpable. Después de estas ejecuciones, los oficiales dejaron pueblo totalmente en calma y libre de aparecidos que bebían la sangre de sus hijos y amigos.

Historia De Un Marido Asesinado Que Se Aparece Después De La Muerte Para Pedir Venganza

El señor de la Courtinière, gentilhomme bretón, pasaba la mayor parte del tiempo cazando en sus bosques y visitando a sus amigos. Recibió un día en su castillo a varios señores, vecinos y parientes, y les trató muy bien durante tres o cuatro días. Cuando esta compañía se hubo retirado, se produjo entre el señor de la Courtinière y su mujer una pequeña disputa porque a él le parecía que ella no había puesto muy buena cara a sus amigos. Sin embargo, la amonestó con palabras amables y sinceras que no deberían haberla irritado; pero esta dama, de humor altivo, no respondió nada y resolvió interiormente vengarse.

El señor de la Courtinière se acostó esa noche dos horas antes de lo acostumbrado, pues estaba muy cansado. Se durmió profundamente. Cuando llegó la hora en que la señora solía acostarse, ésta observó que su marido estaba sumido en un sueño muy profundo. Pensó que el momento era favorable para la venganza que meditaba, tanto por la disputa que acababan de tener como, tal vez, por alguna otra antigua hostilidad. Puso pues todo su empeño en seducir a un doméstico de la casa y a una sirviente, a sabiendas de que ambos eran fáciles de corromper por medio de buenas recompensas.

Después de haber obtenido de ellos, valiéndose de promesas y horribles juramentos, la seguridad de que no declararían nada, les anunció sus culpables intenciones; y para obtener su rápido consentimiento, dio a cada uno la suma de seiscientos francos, que ellos aceptaron. Hecho esto, entraron los tres —la dama en primer lugar— en la habitación donde estaba acostado el marido; y, como todo dormía en la casa, degollaron a la víctima sin ser oídos. Llevaron el cuerpo a uno de los sótanos del castillo, cavaron una fosa y le enterraron en ella; y para evitar que se pudieran obtener indicios de la tierra recientemente removida, colocaron sobre la fosa un tonel lleno de carne de cerdo salada. Tras lo cual, cada uno se fue a acostar.

Al día siguiente, el resto de los domésticos, al no ver a su dueño, se preguntaban unos a otros si estaba enfermo. La dama les dijo que uno de sus amigos había venido a buscarle la noche anterior y se lo había llevado precipitadamente para ir a separar a unos hidalgos que estaban a punto de batirse en duelo. Este subterfugio funcionó durante algún tiempo; pero al cabo de quince días, como el señor de la Courtinière no aparecía, empezaron a inquietarse. Su viuda difundió el rumor de que le habían notificado que su marido se había encontrado con unos ladrones cuando atravesaba un bosque, y que le habían asesinado. Entonces se vistió de luto, expresó fingidas lamentaciones y mandó que se hicieran servicios y oraciones para el descanso

del alma del difunto en las parroquias de las que había sido señor.

Todos los parientes y vecinos vinieron a consolarla, y simuló tan bien el dolor, que nadie habría descubierto nunca el crimen si el cielo no hubiera permitido que fuera desvelado.

El difunto tenía un hermano que venía de vez en cuando a ver a su cuñada, tanto para distraerla de sus pretendidas penas como para velar por los asuntos e intereses de los cuatro hijos menores del difunto. Un día que se paseaba, sobre las cuatro o las cinco de la tarde, por el jardín del castillo, mientras contemplaba un arriate adornado con bellos tulipanes y otras flores raras que gustaban tanto a su hermano, tuvo de repente una hemorragia nasal, lo que le alarmó bastante, pues nunca le había ocurrido antes. En ese momento, pensó con intensidad en su hermano; le pareció que veía la sombra del señor de la Courtinière que le hacía señales con la mano, como si le llamara. No se asustó; siguió al espectro hasta el sótano de la casa y le vio desaparecer justamente en la fosa donde había sido enterrado. Este prodigio despertó en él algunas sospechas sobre el crimen cometido. Para asegurarse de ello, fue a contar lo que acababa de ver a su cuñada. La dama palideció, se le mudó el rostro y balbuceó palabras inconexas. Las sospechas del hermano se acrecentaron ante tal turbación y pidió que se cavara en el lugar donde había visto desaparecer al fantasma. La viuda, a quien esta súbita resolución llenó de espanto, hizo un esfuerzo por controlarse, adoptó una actitud firme, se burló de la aparición y trató de mitigar las inquietudes de su cuñado. Le expresó que si pretendía haber tenido una visión semejante, todos se burlarían de él y sería el hazmerreír de todo el mundo.

Pero todos estos discursos no pudieron desviarle de su propósito. Mandó cavar en el sótano, en presencia de testigos, y descubrieron el cadáver de su hermano, medio corrupto. Levantaron el cuerpo y el juez de Quimper-Corentin lo reconoció. La viuda fue arrestada, junto con los domésticos, y los tres culpables fueron condenados a la hoguera. Todos los bienes de la dama fueron confiscados para ser empleados en obras piadosas.

Una Aventura De La Tía Melanchton

Cuenta Philippe Melanchton que su tía, que había perdido a su marido y estaba a punto de dar a luz, vio entrar una noche, mientras estaba sentada junto al fuego, a dos personas en su casa; una tenía la forma de su difunto marido; la otra, la de un franciscano de gran estatura. Al principio se asustó al verlos; pero su marido la tranquilizó y le dijo que tenía que comunicarle algo importante; después hizo señas al franciscano para que entrara un momento en la habitación de al lado mientras le daba a conocer sus deseos a su mujer. Entonces le rogó que mandara decir misas por él y le pidió que le diera la mano sin temor. Como ella ponía reparos, él le aseguró que no sentiría ningún dolor. Puso entonces la mano en la de su marido, y la retiró, a decir verdad sin dolor, pero tan quemada que se quedó negra para toda la vida. Tras lo cual el marido llamó al franciscano y los dos espectros desaparecieron...

El Espectro De Olivier

Olivier Prévillars y Baudouin Vertolon, nacidos los dos en la ciudad de Caen, estaban unidos desde la infancia por la más estrecha amistad. Eran más o menos de la misma edad, sus padres eran vecinos; todo contribuía a hacer duradera la amistad que se profesaban.

Un día, en una exaltación de sentimiento bastante común en la primera juventud, se prometieron no olvidarse jamás, e incluso llegaron a jurar que el que muriese primero iría al instante a ver al otro para no abandonarle. Escribieron y firmaron este juramento con su propia sangre.

Pero pronto *los inseparables* (pues era así como les llamaban) se vieron forzados a alejarse uno del otro; tenían entonces diecinueve años. Olivier, que era hijo único, se quedó en Caén para secundar a su padre en las tareas del comercio; Baudouin fue enviado a París para estudiar derecho, pues su padre le destinaba a la abogacía. Se puede imaginar fácilmente el dolor que esta separación causó a los dos amigos. Se despidieron de la forma más afectuosa, renovaron su promesa y volvieron a escribir un nuevo juramento de reunirse, incluso después de la muerte, si el cielo quería permitirlo. Al día siguiente, Baudouin partió hacia París.

Pasaron cinco años en perfecta tranquilidad; Baudouin había realizado los más rápidos progresos en el estudio de las leyes y ya se encontraba en el grupo más distinguido de jóvenes abogados. Los dos amigos mantenían una correspondencia continuada y seguían comunicándose todas sus acciones y sentimientos. Finalmente, Olivier escribió a su amigo que iba a casarse con la joven Apolline de Lalonde, que este matrimonio colmaba sus deseos, que necesitaba hacer un viaje a París para coger algunos papeles importantes y que tendría la dicha de volver a Caen con su querido amigo Baudouin para hacerle testigo de su himeneo. Anunciaba que llegaría en unos días a París, en coche público.

Baudouin, ilusionado con la esperanza de volver a ver a Olivier, se dirigió el día señalado a la parada de coches, pero no encontró a su amigo. Un día, dos días pasaron; finalmente, al cuarto día, Baudouin recorrió un buen trecho por el camino de Caen, al encuentro de la diligencia. La halló por fin, y cuando estaba a una distancia conveniente, vio con toda claridad a Olivier en la puerta del coche, extremadamente pálido, vestido con un traje de tela verde, adornado con un pequeño galón dorado y con un sombrero que le cubría los ojos. El coche pasó muy rápido, pero Baudouin oyó a Olivier que le decía, saludándole con la mano: —Me encontrarás en tu casa.— El joven abogado siguió al coche y llegó a la oficina poco tiempo después. Al no encontrar a Olivier, preguntó a los

viajeros dónde estaba el joven que le había saludado en el campo y le había hablado; pero nadie pudo comprender nada de sus preguntas: en vano describió la figura y la ropa de la persona que buscaba; no habían visto en el coche ningún hombre con traje verde. El conductor de la diligencia quiso saber el nombre de la persona por quien preguntaban; al oír el nombre de Olivier Prévillars, respondió que no estaba en la lista, pero que lo conocía muy bien, que era el joven más amable de Caen, que cuando se despidió de él se encontraba con buena salud y que llegaría a París dentro de tres días como muy tarde.

Después de estas aclaraciones, Baudouin se retiró, no sabiendo qué pensar de aquel suceso. Al volver a casa, preguntó a su doméstico si había venido alguien. El doméstico respondió que no. Entonces Baudouin entró solo en el dormitorio, con una candela en la mano, pues empezaba a oscurecer.

Después de haber cerrado la puerta, divisó junto a la chimenea al hombre vestido de verde; estaba sentado y no se le podía ver la cara. Baudouin se acerca y dirige la candela hacia el desconocido, quien, tras levantar súbitamente un ojo inmóvil y descubriendo el pecho agujereado por veinte puñaladas, le dice con voz sombría: —Soy yo, Baudouin, soy tu amigo Olivier, que fiel a su juramento... —Al oír estas palabras, Baudouin lanza un grito y cae desvanecido. El doméstico acude al oír el ruido de la caída y le hace volver en sí a fuerza de procurarle cuidados. Al abrir los ojos, Baudouin divisa otra vez a Olivier y se lo señala a su criado; éste dice que no ve a nadie. Baudouin le ordena sentarse en la silla donde está Olivier; el doméstico obedece como si no hubiera nadie en el asiento, y la sombra parece que sigue allí todavía... Entonces Baudouin, totalmente recuperado, ordena a su criado que se vaya y, acercándose a Olivier, le dice: —Perdona, ¡oh, amigo mío!, que no me haya dominado cuando tu aparición súbita e imprevista me sobrecogió.

Olivier se puso de pie y le respondió: —¿Has olvidado entonces tu juramento de amistad, o lo has considerado de un modo frívolo? No, Baudouin, este sagrado juramento fue escrito y ratificado en el cielo, el cual me permite cumplirlo. Ya no soy. ¡Oh, mi querido Baudouin, un crimen abominable ha separado mi alma de los lazos que la unían al cuerpo! Que mi presencia deje de ser un motivo de espanto para ti. De día, de noche, en todo tiempo, en todo lugar, el alma de Olivier será la fiel compañera del virtuoso Baudouin. Ella será su guía, su apoyo y su intermediario entre el creador y él. Pero ese Dios que protege la virtud no quiere que el crimen quede impune. Y este crimen, del cual soy yo la víctima, grita venganza. Mi sangre, que todavía está caliente, ha subido con mi alma hasta el trono del eterno. Él ha ratificado nuestro juramento, él te ha escogido para que me vengues. Partamos.

Baudouin permaneció algunos minutos sin responder; la palidez del fantasma, su ojo fijo y muerto, su inmovilidad petrificante, su pecho acribillado

a puñaladas, su tono sepulcral; todo su aspecto, en fin, inspiraba terror; y el joven abogado no podía evitar el espanto. Pero después de haberse asegurado, rezando una corta oración, de que lo que estaba viendo no era el demonio, se decidió a seguir al fantasma y a hacer todo lo que le dijese.

En consecuencia, obedeciendo las órdenes de Olivier, Baudouin cogió algo de dinero, corrió a alquilar una silla de posta y, seguido por su doméstico, partió en ese momento hacia Caen. El criado iba a caballo detrás de la silla, y el fantasma había ocupado un sitio en el interior, siempre invisible para otro que no fuera Baudouin. Durante el viaje, Olivier se entretenía con su amigo, a quien adivinaba los más secretos pensamientos; respondía a las objeciones que se hacía interiormente sobre este sorprendente prodigio; le tranquilizaba y le invitaba a que le considerase un seguro y fiel guardián. Finalmente logró desterrar el espanto que su presencia le había inspirado al principio.

Al llegar a Caen, la familia de Baudouin, que ya se sentía orgullosa de su trabajo, le recibió con entusiasmo; como era un poco tarde, dejaron para el día siguiente las aclaraciones y preguntas; Baudouin se retiró a su habitación y Olivier le invitó a descansar mientras le decía que iba a aprovechar su sueño para explicarle la conspiración de la que había sido víctima. Baudouin se durmió, y esto es lo que el alma de Olivier le dijo:

—Conociste antes de tu partida a la bella Apolline de Lalonde, que sólo tenía entonces catorce años. La misma saeta nos hirió a los dos; pero viendo hasta qué punto estaba yo enamorado, combatiste tu amor y, manteniendo en silencio tus sentimientos, te fuiste, prefiriendo nuestra amistad sobre todo lo demás. Los años pasaron, fui amado, y ya me iba a convertir en el feliz esposo de Apolline, cuando ayer, en el momento en que iba a partir para traerte a Caen, fui asesinado por Lalonde, el indigno hermano de Apolline, y por el infame Piétreville, quien pretendía su mano. Los monstruos me invitaron, cuando iba a partir, a una pequeña fiesta que debía celebrarse en Colombelle; me propusieron después acompañarme un trecho. Salimos, y ya no me encuentro entre los vivos. A la misma hora en que tú me divisaste en el camino, los desgraciados acababan de asesinarme de la forma más atroz.

»Esto es lo que debes hacer para vengarme. Mañana, ve a casa de mis padres y después a la de los de Apolline; invítales, así como a Piétreville, a una fiesta que vas a dar para celebrar tu regreso. El lugar será Colombelle, obtendrás su consentimiento para pasado mañana y fingirás una alegría muy grande. Ya te daré instrucciones más tarde sobre el resto.

La sombra se calló. Baudouin durmió plácidamente; al día siguiente ejecutó el plan trazado por Olivier, Todo el mundo aceptó la invitación y fueron a Colombelle. Los convidados eran treinta. La comida fue espléndida y alegre; Piétreville y Lalonde se divertían mucho. Sólo Baudouin estaba sumido en la ansiedad al no recibir ninguna orden de la sombra, presente siempre a sus ojos.

A los postres, Lalonde se levantó y reclamó silencio para leer una carta sellada que Olivier le había entregado, en presencia de Piétreville, según decía, el día de su partida con la orden terminante de abrirla tres días después y en presencia de testigos. Esto es lo que contenía:

«En el momento de partir, tal vez para no volver nunca más a mi patria, es necesario, mi querido Lalonde, que te descubra la verdadera causa de mi marcha. Habría sido muy grato haberte llamado hermano mío, pero hace pocos días he conquistado a una joven, por la que siento una atracción irresistible; con ella voy a reunirme en París para seguirla donde el amor nos conduzca. Presenta mis excusas a tu hermana, de quien me siento indigno. Su venganza está en sus manos: he podido entrever que Piétreville la ama; él la merece más que yo.»

Olivier

Todos quedaron mudos y estupefactos tras la lectura de la carta. Baudouin vio a Olivier agitarse violentamente. La carta pasó de mano en mano; todos reconocieron la letra y la firma de Olivier. Baudouin quiso asegurarse a su vez, pero se la arrancaron de las manos. La carta se mantuvo algunos momentos en el aire y salió en dirección al jardín... La sombra indicó a Baudouin que la siguiese, y éste corrió tras ella, guiado por Olivier. Todos les siguieron y encontraron la carta al pie de un gran árbol, bastante alejado del lugar de la fiesta, a la entrada de un extenso bosque, sobre un montón de piedras. Baudouin cogió la carta exclamando: —¿Qué significa este misterio? Tratemos de penetrar en él, quitemos estas piedras y veamos lo que ocultan. —Lalonde y Piétreville se rieron a carcajadas y dijeron a los demás que no se molestaran por una hoja de papel movida por el viento. Baudouin insistió y, cogiendo a los dos culpables que intentaban alejarse, les llevó al pie del árbol. Allí, tras suplicar a algunos jóvenes que le secundasen y le ayudasen a retenerlos, retiró el montón de piedras, bajo el cual se veía que la tierra había sido removida recientemente. Todo el mundo quedó sorprendido y compartió la impaciencia de Baudouin. Algunos corrieron a buscar útiles; otros retuvieron por la fuerza a Lalonde y Piétreville, que blasfemaban y llenaban de imprecaciones a Baudouin. Abrieron la tierra y encontraron el cadáver de Olivier, vestido con un traje verde y atravesado a puñaladas. Todos los asistentes se quedaron helados de horror. El padre de Olivier se desmayó, y Baudouin exclamó con voz potente:

—He aquí el crimen y ahí los asesinos. Socorred a ese padre desdichado. Que lleven el cadáver ante los jueces; y que a Lalonde, a Piétreville y a mí nos lleven inmediatamente a los tribunales.

Se llevó a cabo todo lo que Baudouin había pedido; la justicia se hizo cargo de este pleito y el proceso se inició al día siguiente. Las formalidades preliminares pronto fueron cumplidas, y al fin llegó el día de la vista. Los magistrados se reunieron; el acusador y los acusados se encontraron frente a

frente, pero el único testigo que había era el cadáver del desgraciado Olivier, tendido sobre una mesa en medio de la sala de la audiencia y tal como lo habían sacado de la tierra. El interrogatorio comenzó. Baudouin repitió con firmeza su acusación: los dos criminales, seguros de que no se podían conseguir ni pruebas ni testigos contra ellos, niegan el crimen con audacia. Acusan a su vez a Baudouin de calumniador y reclaman para él todo el rigor de la ley. La gran muchedumbre que llena la sala espera con impaciencia el desenlace de estos singulares debates. Finalmente Baudouin, a quien el presidente presiona para que presente los testigos y las pruebas del crimen, toma de nuevo la palabra; invoca el nombre de Olivier, muestra el cadáver sangriento y trata de hacer temblar a los asesinos con esta prueba; pero desprovisto de testimonio, siente que sólo un milagro puede iluminar a los jueces. Se dirige entonces con confianza al Ser Supremo y le pide que la muerte abandone por un momento sus leyes: —Gran Dios, resucita un instante a Olivier —exclama— y dignate poner Tu palabra en su boca.

Después de esta extraña evocación, se produjo el más profundo silencio, los ojos se clavaron en el cadáver, y cada uno, aceptando o rechazando la idea de un milagro, esperaba el efecto de este recurso sobrenatural. Parecía que los acusados, pálidos y atónitos, perdían su firmeza. Pero de pronto, ¡oh, prodigio!, el rostro pálido y verdoso de Olivier adquiere algo de color, los labios se reaniman, los ojos se abren, la sangre se calienta y cae a chorros sobre los dos asesinos, que lanzan gritos horrorosos. Cubiertos con esta sangre acusadora, son presa de convulsiones horribles a las que sigue un frío letargo. Mientras tanto, el cuerpo de Olivier, totalmente reanimado, se incorpora y recorre con la mirada el conjunto de la asamblea, como alguien que sale de un profundo sueño y trata de recordar sus ideas. Sus ojos se encontraron con los de Baudouin y su boca sonrió con aire melancólico; después, volviendo la mirada hacia los dos criminales, se agita furiosamente y un prolongado gemido se escapa de su pecho desgarrado. Finalmente habla y, con una voz sonora, anuncia que Dios le permite desenmascarar a los culpables. Desvela su conspiración, cuenta cómo le asesinaron después de hacerle firmar la falsa carta y da a conocer todos los detalles del crimen: de qué manera Baudouin los ha conocido y cómo, guiado por él mismo, ha logrado sacar a la luz la fechoría.

—Hay todavía otros testigos —dice extendiendo el brazo hacia los jueces—; mirad esta mano desgarrada y los cabellos que contiene: son los del bárbaro Lalonde. Cuando esos dos tigres me arrastraban agonizante al pie del árbol donde se proponían esconder mi cadáver, la naturaleza, haciendo en mí un último esfuerzo, se reanimó un momento, agarró con una mano los cabellos de Lalonde y con la otra el brazo de Piétreville, donde mis dedos se hundieron de tal forma que el infame aún lleva la terrible marca; Lalonde, viendo que ningún poder podría hacerme soltar los cabellos, rogó a su amigo que se los cortase con

unas tijeras que llevaba encima. No contentos con este asesinato abominable, los cobardes se apoderaron del dinero que llevaba y de cuatro medallas; cada uno tiene dos en este momento.

»Esto es, jueces y conciudadanos, lo que tenía que decir. La muerte reclama de nuevo su presa; la naturaleza no puede sufrir por más tiempo que su orden sea turbado. Mi cuerpo vuelve a la nada y mi alma a su destino.

A medida que Olivier pronunciaba estas últimas palabras con una voz débil y lánguida, se veía que su cuerpo se descomponía, su rostro perdía color, sus ojos se apagaban; finalmente volvió a caer en el estado de muerte, de donde una poderosa mano acababa de sacarlo. Un silencio profundo, un frío estupor se había apoderado de la asamblea a la vista del prodigio; pero pronto se elevaron gritos de indignación tras el lúgubre silencio. Examinaron todos los indicios que había dado Olivier y comprobaron que eran verdaderos. Los infames fueron condenados a la última pena y conducidos al cadalso, donde expiraron cubiertos de maldiciones.

Vengado Olivier, éste se apareció a Baudouin bajo la forma aérea que damos a los ángeles de la luz. Invitó a su amigo a casarse con la encantadora Apolline; y el vengador de Olivier se convirtió así en su sucesor. El padre de Apolline murió de pena al ver a su hijo subir al cadalso. Su muerte dejó en libertad a la hija para contraer un matrimonio que toda la familia veía con muy buenos ojos. Los dos esposos se establecieron en París; fue una unión feliz, y Olivier, siempre presente a los ojos de Baudouin, le sirvió de guía hasta la muerte.

Espectros Que Provocan La Tempestad

El príncipe Radziville, en su *Viaje a Jerusalén*, cuenta un suceso muy singular del que fue testigo.

Había comprado en Egipto dos *momias*, una de hombre y otra de mujer, y las había encerrado secretamente en unas cajas que mandó poner en su navío cuando embarcó en Alejandría para volver a Europa. Sólo lo sabían él y dos criados, ya que los turcos ponen muchas dificultades antes de permitir que alguien se lleve las momias, pues creen que los cristianos las emplean para realizar operaciones mágicas. Cuando estaban en alta mar, se levantó varias veces una tempestad con tanta violencia que el piloto perdía las esperanzas de salvar su navío. Todo el mundo esperaba un naufragio inminente e inevitable. Un buen sacerdote polaco, que acompañaba al príncipe Radziville, rezaba las oraciones convenientes para tal ocasión; el príncipe y su corte respondían a ellas. Pero el sacerdote era atormentado, según decía, por dos espectros (un hombre y una mujer) negros y repugnantes, que le hostigaban y amenazaban con matarle. Al principio se creyó que el terror y el peligro del naufragio le habían turbado la imaginación. Cuando la calma volvió, pareció tranquilizarse; pero la tempestad pronto volvió a arreciar. Entonces esos fantasmas le acosaron más que antes, y sólo pudo liberarse cuando las dos momias fueron arrojadas al mar, hecho que también provocó el cese de la tormenta.

El Fantasma Del Castillo De Egmont

Se puede leer la anécdota siguiente en la *Segraisiana*: El señor Patris había acompañado al señor Gastón a Flandes y se alojó en el castillo de Egmont. La hora de cenar había llegado y, tras salir de su habitación para dirigirse al lugar donde solía comer, el señor Patris se paró al pasar ante la puerta de un oficial amigo suyo para que le acompañara. Golpeó bastante fuerte. Al ver que el oficial no contestaba, golpeó por segunda vez, llamándole por su nombre. El oficial no respondió. Patris, que estaba seguro de que se encontraba en la habitación, pues la llave estaba en la puerta, abrió y vio, al entrar, que su amigo estaba sentado delante de una mesa, como fuera de sí.

Se acercó a él y le preguntó qué le ocurría. El oficial, volviendo en sí, le dijo a su amigo: —No estarías menos sorprendido que yo si hubierais visto, como yo, que este libro cambiaba de lugar y que las hojas se pasaban solas.

Era el libro de Cardan sobre la sutilidad.

—Vamos— dijo Patris—, os burláis de mí; tenéis la imaginación llena de lo que acabáis de leer, os habéis levantado, vos mismo habéis puesto el libro en el lugar donde está, habéis vuelto después a vuestro sillón y, al no encontrar el libro junto a vos, habéis creído que había ido allí por sí solo.

—Lo que os digo es muy cierto —repuso el oficial—, y prueba de que lo que afirmo no es una visión, es que la puerta se ha abierto y cerrado, y por ahí se ha retirado el fantasma...

Patris fue a abrir la puerta, que daba a una galería bastante larga, al final de la cual había una caja de madera tan pesada que apenas podían cargarla entre dos hombres. Observó que la caja se agitaba, abandonaba su lugar y se dirigía hacia él, como deslizándose por el aire. Patris, un tanto asombrado, exclamó: —Señor diablo, dejando los intereses de Dios aparte, yo soy vuestro servidor, pero os ruego que no me aterricéis más.— Y la caja volvió al mismo lugar de donde había venido. Este suceso produjo una fuerte impresión en Patris y contribuyó no poco a que se convirtiera en un devoto.

El Vampiro Harppe

Un hombre, que se llamaba Harppe, ordenó a su mujer que le enterrase, después de morir, delante de la puerta de la cocina, a fin de que pudiera ver mejor lo que ocurría en la casa. La mujer cumplió fielmente lo que le había ordenado; y después de la muerte de Harppe, se le vio a menudo por la vecindad: mataba a los obreros y molestaba de tal modo a los vecinos que nadie osaba habitar las casas que rodeaban la suya.

Un hombre, llamado Olaüs Pa, fue lo bastante atrevido para atacar a este espectro: le asestó una lanzada y dejó el arma en la herida. El espectro desapareció y, al día siguiente, Olaüs abrió la tumba del muerto. Encontró la lanza en el cuerpo de Harppe, en el mismo lugar donde había golpeado al fantasma. El cadáver no estaba corrupto. Le sacaron del féretro, le quemaron, arrojaron sus cenizas al mar y quedaron libres de sus apariciones.

Historia De Una Aparición De Demonios Y Espectros En 1609

Un gentilhombre de Silesia había invitado a unos amigos a una gran cena, pero éstos se excusaron a la hora en que debía celebrarse. El gentilhombre, despedido por encontrarse solo en la cena cuando había pensado dar una fiesta, montó en cólera y dijo: —Puesto que nadie quiere cenar conmigo, ¡qué vengan todos los diablos ..!

Cuando acabó de pronunciar estas palabras, salió de casa y entró en la iglesia, donde estaba predicando el cura. Mientras escuchaba el sermón, unos hombres a caballo, oscuros como negros y ricamente vestidos, entraron en el patio de su casa y dijeron a los criados que fueran a avisarle de que los huéspedes habían llegado. Un criado asustado corrió a la iglesia y contó a su amo lo que pasaba. El gentilhombre, estupefacto, pidió consejo al cura, que acababa de terminar el sermón. El cura se dirigió sin pensárselo dos veces al patio de la casa donde acababan de entrar los hombres negros. Ordenó que saliera toda la familia fuera de la vivienda; lo que se ejecutó tan precipitadamente que dejaron dentro de la casa a un niño que dormía en la cuna. Los huéspedes infernales comenzaron entonces a mover las mesas, a aullar, a mirar por las ventanas, adoptando formas de osos, lobos, gatos, y hombres terribles, en cuyas manos se veían vasos llenos de vino, pescados y carne cocida y asada.

Mientras que los vecinos, el cura y un gran número de curiosos contemplaban con horror tal espectáculo, el pobre gentilhombre empezó a gritar: —¡Ay! ¿Dónde está mi pobre hijito?

Todavía tenía la última palabra en la boca, cuando uno de los hombres negros sacó el niño a la ventana. El gentilhombre, desesperado, dijo a uno de sus más fieles servidores:

—Amigo mío, ¿qué puedo hacer?

—Señor —respondió el criado—, yo encomendaría mi vida a Dios, entraría en su nombre en la vivienda, de donde, por intercesión de su favor y socorro, os traería al niño.

—Muy bien —dijo el amo—, que Dios te acompañe, te asista y te dé fuerzas.

El servidor, después de recibir la bendición de su amo, el cura y demás gente de bien que le acompañaba, entró en la vivienda y, tras encomendarse a Dios, abrió la puerta de la sala donde estaban los huéspedes tenebrosos. Todos aquellos monstruos, de horribles formas, unos de pie, otros sentados, algunos paseándose, otros reptando por el suelo, fueron hacia él y gritaron:

—¡Uh! ¡Uh! ¿Qué vienes a hacer aquí?

El servidor, lleno de espanto, pero fortalecido por Dios, se dirigió al espíritu maligno que tenía al niño y le dijo:

—Vamos, entrégame a ese niño.

—No —respondió el otro—, es mío. Ve a decir a tu amo que venga él a buscarlo.

El servidor insiste y dice:

—Yo cumplo con mi deber. Así pues, en el nombre y con la ayuda de Jesucristo te quito este niño que debo devolver a su padre.

Y, diciendo estas palabras, cogió al niño y le apretó con fuerza entre sus brazos. Los hombres negros sólo reaccionan con gritos y amenazas:

—¡Ah, desgraciado! ¡Ah, bribón! Deja a ese niño; si no lo haces, te despedazaremos.

Pero él, despreciando su cólera, salió sano y salvo y depositó el niño en los brazos del gentilhombre, su padre. Unos días después, todos estos huéspedes desaparecieron; y el gentilhombre, que se había vuelto prudente y buen cristiano, entró en su casa.

Espectros Que Van En Peregrinación

Pierre d'Engelbert —que más tarde llegó a ser abad de Cluny— envió a uno de sus hombres, llamado Sancho, junto al rey de Aragón para que le sirviese en la guerra. Este hombre volvió al cabo de unos años, con muy buena salud, a casa de su amo, pero, al poco tiempo de su regreso, cayó enfermo y murió.

Cuatro meses más tarde, una noche en que lucía un hermoso claro de luna, Sancho entró en la habitación de su amo, cubierto de harapos; se acercó a la chimenea y se puso a avivar el fuego para calentarse o para que se le viera mejor. Pierre, al darse cuenta de que había alguien, preguntó quién estaba allí.

—Soy yo, Sancho, vuestro servidor —respondió el espectro con una voz ronca y cascada.

—¿Y qué vienes a hacer aquí?

—Voy a Castilla, con mucha otra gente de armas, a fin de expiar el mal que hemos hecho durante la pasada guerra, al mismo lugar donde se cometió. Yo, por mi parte, robé ornamentos de una iglesia, y por eso estoy condenado a hacer allí una peregrinación. Podéis ayudarme mucho realizando buenas obras; y vuestra señora esposa, que todavía me debe ocho cuartos de mi salario, me hará un gran servicio dándoselos a los pobres en mi nombre.

—Ya que vienes del otro mundo, dame noticias de Pierre Defais, muerto hace poco.

—Se ha salvado.

—¿Y Bernier, nuestro conciudadano?

—Se ha condenado por haber desempeñado mal su oficio de juez y por haber robado a la viuda y al inocente.

—¿Y Alfonso, rey de Aragón, muerto hace dos años?

Entonces, el otro espectro, que Pierre d'Engelbert todavía no había visto, pero que distinguió en ese momento, sentado en el vano de la ventana, tomó la palabra y dijo:

—No le pidáis nuevas del rey Alfonso, no puede deciros nada de él, no lleva bastante tiempo con nosotros para saber cosas de él; pero yo, que estoy muerto desde hace cinco años, os puedo dar alguna información. Alfonso estuvo con nosotros algún tiempo, pero *los monjes de Cluny se lo llevaron*, y no sé dónde está ahora.

En ese momento el espectro se levantó y le dijo a Sancho:

—Vamos, es hora de partir, sigamos a nuestros compañeros.

Dicho esto, Sancho le repitió los ruegos a su amo y los dos fantasmas salieron.

Una vez que se hubieron marchado, Pierre d'Engelbert despertó a su mujer que, a pesar de que estaba acostada junto a él, no había visto ni oído nada de todo lo que había sucedido. Reconoció que debía ocho cuartos a Sancho, lo que probó que el espectro había dicho la verdad. Los dos esposos cumplieron los deseos del difunto: dieron mucho a los pobres y mandaron decir un gran número de misas y oraciones por el alma del pobre Sancho, que no se apareció más.

Historia De Una Condenada Que Se Apareció Después De La Muerte

En una ciudad de Perú, una chica de dieciséis años, llamada Catherine, murió de repente, cargada de pecados y culpable de varios sacrilegios. En el momento en que expiró, su cuerpo se infectó de tal manera que no pudieron dejarlo en la casa y hubo que sacarlo al aire libre para librarse un poco del mal olor.

Enseguida se oyeron aullidos parecidos a los de un perro. El caballo de la casa, que era muy manso, empezó a dar coces, a agitarse y a golpear con las pezuñas, intentando librarse de sus ataduras, como si alguien le hubiera atormentado y azotado con violencia.

Unos momentos después, un joven que estaba acostado y dormía tranquilamente, sintió que alguien le agarraba con fuerza del brazo y le tiraba de la cama. Ese mismo día, una criada recibió una patada en el hombro, sin poder ver quién se la daba; conservó la señal varias semanas.

Todas estas cosas se atribuyeron a la maldad de la difunta Catherine, que fue enterrada inmediatamente con la esperanza de que no se apareciese más. Pero al cabo de algunos días, se escuchó un gran estrépito causado por tejas y ladrillos que se rompían. El espíritu, invisible, entró a plena luz del día en una habitación donde se encontraba la señora con toda la gente de la casa; cogió por el pie a la misma criada a la que ya había golpeado y la arrastró por la habitación a la vista de todo el mundo, sin que se pudiera ver quién la maltrataba así.

Al día siguiente, cuando esta pobre chica, que era, al parecer, la víctima de la difunta, iba a coger ropa en una habitación del piso superior, percibió a Catherine, que se ponía de puntillas para coger un florero que estaba en la cornisa. La chica pudo escaparse en ese momento, pero el espectro, una vez que se hubo apoderado del florero, la persiguió y se lo tiró con fuerza. El ama, que había oído el golpe, acudió y vio a la criada temblando y el florero roto en mil pedazos; ella, por su parte, recibió un ladrillazo que afortunadamente no le hizo ningún daño.

Al día siguiente, cuando la familia se encontraba reunida, vieron que un crucifijo, que estaba sólidamente clavado en la pared, se desprendía, como si alguien lo hubiera arrancado con violencia, y se rompía en tres pedazos. Resolvieron exorcizar al espíritu, que continuó haciendo fechorías mucho tiempo, y sólo lograron desembarazarse de él después de muchos esfuerzos.

El Tesoro Del Diablo

Dos caballeros de Malta tenían un esclavo que se jactaba de poseer el secreto de invocar a los demonios y obligarles a revelarles las cosas más ocultas. Sus amos le llevaron a un viejo castillo donde creían que había tesoros ocultos.

El esclavo, una vez solo, realizó las invocaciones y finalmente el diablo abrió una roca de donde extrajo un cofre. El esclavo quiso apoderarse de él, pero el cofre volvió a meterse rápidamente en la roca. La misma operación se repitió más de una vez; y el esclavo, después de vanos esfuerzos, fue a decir a los dos caballeros lo que le había sucedido. Se encontraba tan debilitado por los esfuerzos realizados que pidió un poco de licor para recuperarse. Se lo dieron y volvió al lugar del tesoro.

Horas más tarde, oyeron un ruido; bajaron a la caverna con una luz y encontraron al esclavo muerto, con todo el cuerpo lleno de heridas producidas por algo parecido a un cortaplumas, y que representaban la forma de una cruz. Tenía tantas heridas que no había un lugar donde poner el dedo sin tocar alguna. Los caballeros llevaron el cadáver al borde del mar y desde allí lo tiraron al agua con una gran piedra atada al cuello a fin de que nadie pudiera sospechar nada de este suceso.

Historia Del Espíritu Que Se Apareció En Dourdans

El señor Vidi, recaudador de impuestos en Dourdans, le escribió a uno de sus amigos la historia de una aparición singular que tuvo lugar en su casa en el año 1700. Esta carta fue conservada por el señor Barré, auditor de cuentas, y publicada por Lenglet-Dufresnoy en su *Colección de disertaciones sobre apariciones*. Es ésta:

«El espíritu empezó a hacer ruido en una habitación que se encuentra lejos de la que solemos emplear para alojar a los servidores enfermos. Nuestra criada oyó varias veces suspiros parecidos a los de alguien que sufre; sin embargo, no veía ni sentía nada extraño.

»La desgracia quiso que cayese enferma. La atendimos durante seis meses, y cuando estaba ya convaleciente, la enviamos a casa de su padre para que respirara el aire natal. Allí permaneció alrededor de un mes; durante este tiempo, no vio ni oyó nada extraordinario. Después volvió con buena salud y le dijimos que se acostara en una habitación próxima a la nuestra. Se quejó de que oía ruidos y, dos o tres días después, cuando estaba en la leñera, donde había ido a buscar madera, sintió que la tiraban de la falda. Ese mismo día, por la tarde, mi mujer la envió a la novena; cuando salía de la iglesia, sintió que el espíritu la tiraba tan fuerte que no podía avanzar. Una hora después, volvió a casa y, al ir a entrar en nuestra habitación, la tiraron con tal fuerza que mi mujer oyó el ruido; y, una vez que estuvo dentro, pudimos observar que los broches de su falda estaban rotos. Al ver este prodigio, mi mujer tembló de miedo.

»El domingo siguiente por la noche, nada más acostarse, la chica oyó pasos en la habitación y, un poco después, el espíritu se acostó junto a ella y le pasó por la cara una mano muy fría, como para acariciarla. Entonces la chica cogió el rosario que llevaba en el bolsillo y se lo puso en el cuello. Unos días antes le habíamos dicho que si continuaba oyendo ruidos conjurara al espíritu en nombre de Dios para que le explicara lo que quería. Hizo mentalmente lo que le habíamos recomendado, pues el exceso de miedo le había dejado sin habla. Oyó entonces mascullar sonidos inarticulados. Hacia las tres o las cuatro de la mañana, el espíritu provocó un estruendo tan grande que parecía que la casa se había caído. Aquello nos despertó a todos al mismo tiempo. Llamé a una doncella para que fuera a ver qué había sido eso, pensando que era la criada quien había producido aquel estrépito a causa del miedo que tendría. La encontró empapada en sudor. La chica quiso vestirse, pero no encontró las medias. En ese estado entró en nuestra habitación. Vi una especie de bruma o humo denso que la seguía y que desaparecía un momento después. Le aconsejamos que se vistiera y fuera a confesarse y comulgar en cuanto tocaran a

misa de cinco. Fue de nuevo a buscar las medias, que descubrió en el hueco de la cama, en todo lo alto de la colgadura; las bajó con un bastón. El espíritu se había llevado también los zapatos a la ventana.

»Cuando se repuso del espanto, fue a confesarse y a comulgar. A su vuelta, le pregunté lo que había visto. Me dijo que en cuanto se acercó al altar para comulgar había percibido junto a ella a su madre, que había muerto hace once años. Después de la comunión se había retirado a una capilla donde, apenas hubo entrado, su madre se puso de rodillas frente a ella y le cogió las manos diciéndole: —Hija mía, no tengas miedo; soy tu madre. Tu hermano murió abrasado accidentalmente cuando yo me encontraba en el horno de Ban de Oisonville, cerca de Estampe. Enseguida fui a buscar al señor cura de Garancières, quien vivía santamente, para que me impusiera una penitencia, pues pensaba que yo tenía la culpa de aquella desgracia. Me respondió que no era culpable y me envió a Chartres, al penitenciario. Fui a verle, y como me obstinaba en pedirle una penitencia, me impuso una que consistía en llevar un cinturón de cerda durante dos años. No pude cumplir esta penitencia a causa de los embarazos y otras enfermedades y, como morí embarazada sin haberla podido realizar, te ruego, hija mía, que la cumplas por mí. —La hija se lo prometió. La madre le encargó además que ayunara a pan y agua durante cuatro viernes y sábados, encargara decir una misa en Gomberville, pagara al mercero Lânier veintiséis cuartos que le debía del hilo que le había vendido y que fuera al sótano de la casa donde había muerto; —Allí encontrarás —añadió — la suma de siete libras que escondí debajo del tercer escalón. Haz también un viaje a Chartres, a ver a Nuestra Señora, a quien rezarás por mí. Volveré a hablar contigo una vez más. —A continuación le dio algunos consejos a su hija: le dijo sobre todo que rezara a la Santa Virgen, que Dios no le negaría nada y que las penitencias de este mundo eran fáciles de hacer, pero que las del otro eran muy duras.

»Al día siguiente la criada mandó decir una misa, durante la cual el espíritu estuvo dando tirones de su rosario. Ese mismo día le pasó también la mano por el brazo, como para halagarla. Durante dos días seguidos la chica le estuvo viendo a su lado.

»Pensé que era necesario que cumpliera lo más pronto posible lo que su madre le había encargado; por eso, en la primera ocasión, la envié a Gomberville, donde encargó una misa, pagó los veintiséis cuartos que efectivamente debía su madre y encontró las siete libras bajo el tercer escalón del sótano, tal como el espíritu le había dicho. De allí se dirigió a Chartres, donde encargó tres misas, se confesó y comulgó en la capilla.

»Cuando salió, su madre se le apareció por última vez y le dijo: —Hija mía, puesto que estás dispuesta a hacer todo lo que te he pedido, yo me libero de ese peso, que tú llevarás en mi lugar. Adiós, me voy a la gloria eterna.

»Desde entonces, la chica ya no ha visto ni oído nada. Lleva el cinturón de cerda día y noche, y continuará llevándolo durante los dos años que su madre le había encomendado.»

Las Aventuras De Thibaud De La Jacquièrre

Un rico mercader de Lyon, llamado Jacques de la Jacquièrre, llegó a ser preboste de la ciudad a causa de su probidad y de los grandes bienes que había adquirido sin manchar, por ello, su reputación. Era caritativo con los pobres y bueno con todo el mundo.

Thibaud de la Jacquièrre, su único hijo, era de humor diferente. Era un muchacho apuesto, pero también un tunante que había aprendido a romper cristales, a seducir a las chicas y a maldecir junto a los hombres de armas del rey, a quien servía en calidad de banderín. No se hablaba de otra cosa que de las correrías de Thibaud en París, Fontainebleau y en las demás ciudades donde residía el rey. Un día, el rey, que era Francisco I, escandalizado también por la mala conducta del joven Thibaud, le envió a Lyon, a fin de que se reformase un poco en la casa de su padre. El buen preboste residía entonces en un rincón de la plaza Bellecour. Thibaud fue recibido en la casa paterna con mucha alegría. Se ofreció, con motivo de su vuelta, un gran festín a los parientes y amigos de la casa. Todos bebieron a su salud y le desearon que fuera prudente y buen cristiano. Pero aquellos deseos caritativos desagradaron al joven. Cogió de la mesa una taza de oro, la llenó de vino y dijo: —¡Sagrada muerte del gran diablo! A él quiero entregar, con este vino, mi sangre y mi alma si no llego a ser más hombre de bien de lo que soy —Estas palabras pusieron los pelos de punta a los convidados. Todos se santiguaron y algunos se levantaron de la mesa. Thibaud se levantó también y fue a tomar el aire en la plaza Bellecour, donde se encontró con dos antiguos camaradas, malos tipos como él. Les abrazó, les invitó a entrar en casa de su padre y se puso a beber con ellos. Thibaud continuó llevando una vida que afligía el corazón del buen preboste. Éste se encomendó a Saint-Jacques, su patrón, y colocó ante su imagen un cirio de diez libras, adornado con dos anillos de oro que pesaban cinco marcos cada uno. Pero, cuando quiso colocar el cirio en el altar, se le cayó y tiró una lámpara de plata que ardía delante del santo. El preboste vio en este doble accidente un mal presagio y volvió triste a su casa.

Ese día, Thibaud invitó otra vez a sus amigos y, cuando llegó la noche, salieron a tomar el aire en la plaza Bellecour y se pasearon por las calles en busca de alguna aventura. Pero la noche era tan oscura que no encontraron ni doncella ni mujer. Thibaud, irritado por esta soledad, exclamó levantando la voz: —¡Sagrada muerte del gran diablo! A él le doy mi sangre y mi alma. Me siento tan inflamado por el vino que si la gran diablesa, su hija, acertara a pasar por aquí, le pediría su amor. —Estas palabras desagradaron a los amigos de Thibaud que no eran grandes pecadores como él, y uno de ellos le dijo: —

Amigo mío, piensa que el diablo, enemigo de los hombres, causa ya bastantes males sin que le inviten a hacerlo llamándole por su nombre. —El incorregible Thibaud respondió: —Haré lo que he dicho.

Un momento después, vieron salir de una calle cercana a una joven dama velada que prometía muchos encantos y juventud. Un negrito la seguía. En ese momento el negrito tropezó, cayó de bruces y rompió el farol. Dio la impresión de que la joven se asustó mucho y se quedó sin saber qué hacer. Thibaud se apresuró a abordarla lo más cortésmente posible y le ofreció el brazo para llevarla a casa. Después de algunos remilgos, la desconocida aceptó, y Thibaud, volviéndose a sus amigos, les dijo a media voz: —Ya veis que a quien he invocado no me ha hecho esperar, así que... buenas noches. —Los dos amigos comprendieron lo que quería decir y se retiraron riéndose.

Thibaud ofreció el brazo a su bella acompañante, y el negrito, al que se le había apagado el farol, caminaba delante de ellos. La joven parecía tan turbada al principio que guardaba el equilibrio con dificultad, pero poco a poco se fue tranquilizando y se apoyó con más franqueza en el brazo de su caballero. De vez en cuando, incluso, tropezaba y le apretaba el brazo para no caerse. Entonces Thibaud se apresuraba a sostenerla y le ponía la mano en el corazón, aunque lo hacía con discreción para no asustarla.

Anduvieron tanto tiempo que al final Thibaud empezó a pensar que se habían perdido por las calles de Lyon. Pero estaba muy a gusto, pues pensó que sacaría mayor provecho de la bella extraviada. Sin embargo, como sentía curiosidad por saber con quién estaba tratando y la joven parecía cansada, le rogó que se sentara en un banco de piedra que se divisaba junto a una puerta. Ella aceptó, y Thibaud, después de sentarse a su lado, le cogió la mano con aire galante y le rogó con mucha cortesía que le dijese quién era. La joven pareció intimidada al principio, pero luego se tranquilizó y le habló en estos términos:

—Me llamo Ordaline; al menos es así como me llamaban las personas que vivían conmigo en el castillo de Sombre, en los Pirineos. Allí, los únicos seres humanos que vi fueron mi aya, que era sorda, una criada que tartamudeaba de tal modo que habría sido preferible que fuese sorda y un viejo portero que era ciego. El portero no tenía mucho que hacer, pues no abría la puerta más que una vez al año a un señor que sólo venía a nuestra casa a cogerme de la barbilla y hablar con mi dueña en lengua vizcaína, que yo desconozco. Afortunadamente ya sabía hablar cuando me encerraron en el castillo de Sombre, pues seguramente no habría aprendido con las dos compañeras de mi prisión. En cuanto al portero, sólo le veía en el momento en que nos pasaba la cena a través de la verja de la única ventana que teníamos. A decir verdad, mi aya sorda me gritaba a menudo en el oído no sé qué lecciones de moral, pero la entendía tan poco como si estuviera tan sorda como ella, pues me hablaba de los deberes del matrimonio y no me decía lo que era. A menudo también mi

criada tartamuda se esforzaba en contarme alguna historia, asegurándome que era muy divertida, pero como era incapaz de llegar a la segunda frase se veía obligada a renunciar y se iba tartamudeándome excusas, de las que salía tan mal parada como de su historia.

»Ya os he dicho que había un señor que venía a verme una vez cada año. Cuando cumplí quince años, este señor me hizo subir a una carroza con mi dueña. Hasta el tercer día no descendimos de ella, o mejor dicho, hasta la tercera noche, pues la tarde ya estaba muy avanzada. Un hombre abrió la puerta y nos dijo: "Estáis en la plaza Bellecour, y ésta es la casa del preboste Jacques de la Jacquière. ¿Dónde queréis que os conduzcan?" "Entrad por la primera puerta cochera, la siguiente a la del preboste", respondió mi aya.

Aquí el joven Thibaud prestó más atención, pues realmente era vecino de un gentilhombre llamado el señor de Sombre, que tenía fama de tener un carácter muy celoso.

—Entramos —continuó Ordaline— por la puerta cochera y subí a unas habitaciones grandes y hermosas. Después llegué, por una escalera de caracol, a una torrecilla muy alta cuyas ventanas estaban tapadas con un tela verde muy gruesa. Por lo demás, la torrecilla estaba bien iluminada. Mi dueña me dijo que me sentase y me dio un rosario para que me entretuviera; después, salió y cerró la puerta con llave.

»Cuando me encontré sola, tiré el rosario, cogí unas tijeras que llevaba en el cinturón e hice una abertura en la tela verde que tapaba la ventana. Entonces vi, a través de la ventana de una casa vecina, una habitación bien iluminada en la que estaban cenando tres caballeros con tres chicas. Cantaban, bebían, reían y se abrazaban...

Ordaline refirió todavía más detalles con los que Thibaud estuvo a punto de reventar de risa, pues se trataba de una cena que había tenido con sus dos amigos y tres señoritas de la ciudad.

—Estaba muy atenta a todo lo que pasaba —continuó Ordaline—, y cuando oí abrir la puerta, cogí rápidamente el rosario en el momento en que entraba mi dueña. Me tomó otra vez de la mano sin decirme nada y me llevó de nuevo a la carroza. Llegamos, después de un largo trayecto, a la última casa del arrabal. Aparentemente no era más que una cabaña, pero el interior era magnífico, como podréis comprobar si el negrito encuentra el camino, pues veo que ya ha conseguido lumbré y encendido el farol.

—Bella extraviada —interrumpió Thibaud, besando la mano de la joven—, hacedme el favor de decirme si vivís sola en esa casita.

—Sí, sola —respondió la dama—, con este negrito y mi aya. Pero no creo que ella pueda venir esta noche. El señor que me llevó a la choza anoche me ha enviado recado hace dos horas para que fuera a verle a casa de una de sus hermanas; pero como no podía enviar su carroza, que había ido a recoger a un

sacerdote, nos dirigíamos a pie a esa casa. Alguien nos paró para decirme un piropo; mi dueña, que es sorda, creyó que me estaban insultando y le respondió con insultos. Vino más gente y se mezcló en la pelea. Tuve miedo y huí. El negrito corrió detrás de mí; se cayó, su farol se rompió, y entonces, señor, tuve la fortuna de encontrarlos.

Thibaud iba a responderle con alguna galantería cuando llegó el negrito con el farol encendido. Se pusieron en marcha y llegaron, al final del arrabal, a una choza solitaria cuya puerta abrió el negrito con una llave que llevaba en el cinturón. Había muchos adornos en el interior, y, entre los muebles preciosos, se podían apreciar sobre todo unos sillones de terciopelo negro con franjas de oro y una cama de moaré de Venecia. Pero todo esto apenas llamaba la atención de Thibaud, que sólo tenía ojos para la encantadora Ordaline.

El negrito puso la mesa y preparó la cena. Thibaud se dio cuenta entonces de que no era un niño, como había pensado al principio, sino una especie de viejo enano negro con una cara de lo más fea. El hombrecillo trajo una fuente de plata dorada con cuatro apetitosas perdices y un frasco de excelente vino. Enseguida se sentaron a comer. Thibaud no había terminado de beber y comer cuando sintió que un fuego sobrenatural corría por sus venas. Ordaline, por su parte, comía poco y miraba mucho a su invitado, a veces con una mirada tierna e ingenua, y otras con unos ojos tan llenos de malicia que el joven estaba casi atemorizado. Finalmente, el negrito vino a quitar la mesa. Entonces Ordaline cogió a Thibaud de la mano y le dijo: —Hermoso caballero, ¿cómo queréis que pasemos nuestra velada...? Se me ocurre una idea: ahí hay un gran espejo. Hagamos muecas como solía hacer en el castillo de Sombre. Me divertía mucho viendo que mi aya estaba hecha de forma diferente a mí; ahora quiero saber si estoy hecha de forma diferente a vos.

Ordaline colocó dos sillas delante del espejo, tras lo cual, quitó a Thibaud la gorguera y le dijo:

—Tenéis el cuello más o menos como el mío, los hombros también, pero en cuanto al pecho, ¡qué diferencia! El mío era así el año pasado, pero he engordado tanto que ya no puedo reconocerme. Quitaos el cinturón..., el jubón..., ¿por qué tantos cordones... ?

Thibaud, que ya no podía contenerse más, llevó a Ordaline a la cama de moaré de Venecia, y se creyó el más feliz de los hombres... Pero esta felicidad no duró mucho... El desgraciado Thibaud sintió unas garras agudas que se hundían en su cintura... Gritó: «¡Ordaline!» Pero Ordaline ya no estaba entre sus brazos... En su lugar no encontró más que un horrible conjunto de formas horribles y desconocidas...

—No soy Ordaline —dijo el monstruo con voz formidable—; ¡soy *Belcebú!*

Thibaud quiso pronunciar el nombre de *Jesús*, pero el diablo, que lo adivinó, le atenazó la garganta con los dientes y le impidió pronunciar el

nombre sagrado...

Al día siguiente por la mañana, unos campesinos que iban a vender legumbres al mercado de Lyon oyeron unos gemidos en una chabola abandonada que había junto al camino y que era utilizada como vertedero. Entraron y encontraron a Thibaud tumbado sobre una carroña medio podrida. Lo colocaron sobre los cestos y le llevaron así a casa del preboste de Lyon. El desdichado de la Jacquière reconoció a su hijo... Le metieron en la cama y pronto recobró el conocimiento. Entonces dijo con voz débil:

—Abrid a ese santo ermitaño.

Al principio no le comprendían, pero finalmente abrieron la puerta y vieron entrar a un venerable religioso que pidió que le dejaran solo con Thibaud. Oyeron durante mucho tiempo las exhortaciones del ermitaño y los suspiros del desgraciado joven. Cuando dejaron de oírlas, entraron en la habitación. El ermitaño había desaparecido y encontraron a Thibaud muerto en la cama con un crucifijo entre las manos.

Espectro Que Pide Venganza

En el siglo XIII, el conde de Belmonte (en el Montferrat) concibió un amor violento por la hija de uno de sus siervos. Se llamaba Abelina. El conde debía disfrutar del derecho de señor que sobre ella tenía; pero nadie parecía tener prisa por casarla y su impaciente llama se ofendía por aquella lentitud.

Un día, mientras estaba de caza, encontró a la joven Abelina guardando los rebaños de su padre; el conde le preguntó que por qué no le daban esposo. —Vos sois la causa de ello, mi señor —respondió—. Los jóvenes no quieren sufrir más la deshonra y la vergüenza del derecho que tenéis a pasar con sus mujeres la primera noche de bodas; y nuestros padres ya no quieren casarnos hasta que el derecho de pernada sea abolido.

El señor de Belmonte ocultó su despecho y mandó que dijese al padre de la joven que quería verle.

El viejo Ceceo (éste era el nombre del padre de Abelina) se dirigió inmediatamente al castillo. La noche llega y, en contra de su prudencia, Ceceo no vuelve a casa. Dan las doce, Ceceo no ha vuelto; ¿estará muerto...? En el momento en que su mujer y su hija empezaban a perder toda esperanza, una sombra de un tamaño desmesurado apareció sin hacer ruido en medio de la habitación. Las dos mujeres, horrorizadas, apenas se atreven a levantar los ojos. El fantasma se acerca y les dice: —Soy el alma de vuestro Ceceo.

—¡Oh, padre mío! —exclama Abelina—. ¿Qué bárbaro os ha quitado la vida?

—El tirano de Belmonte acaba de asesinarme —respondió el fantasma—, y tú eres la causa inocente de mi muerte. Me dirigía, pues tú me trajiste la orden, al castillo del monstruo. ¡Ojalá nunca hubiera encontrado la entrada! Pero no podía escapar de sus manos crueles. En cuanto me introduje en una habitación un poco oscura, puse el pie en una trampilla que se hundió; caí en un pozo profundo lleno de hierros afilados, en donde pronto abandoné la vida. He franqueado las puertas de la terrible eternidad. Estoy esperando mi sentencia, voy a ser juzgado por mis obras, pero cuento con la clemencia inefable de mi Dios, y mi conciencia está limpia. Si quieres a tu padre, si lloras su muerte, ¡oh, hija mía!, piensa en vengarme y en liberar a tu patria. Y tú, esposa bien amada, seca tus lágrimas y queda en paz. Los días apacibles se aproximan, la tiranía va a caer...

Entonces la sombra resplandeció llena de luz y desapareció en medio de una nube. La única huella que quedó de su aparición fue la marca de la mano que había apoyado en el respaldo de una silla.

La profecía del espectro se cumplió: poco tiempo después, los campesinos

de Belmonte, se alzaron en armas y mataron a su señor, destruyeron la ciudadela y fundaron libremente la pequeña ciudad de Nice de la Paille.

Caroline

Una joven de dieciocho años, llamada Caroline, inspiró la más violenta pasión a un hombre de edad madura, y como a los cincuenta uno es, según se dice, más enamorado que a los veinte —aunque con muchos menos medios para complacer—, el herrumbroso pretendiente asediaba sin cesar a la joven Caroline, que estaba lejos de corresponder a sus sentimientos. Pero esta muchacha cometió el más imperdonable de los errores: ponerle en ridículo y atormentarle, cuando debería haberse contentado con alejarse de él con frialdad y decencia. Al cabo de tres años de perseverancia por una parte y de malos tratos por la otra, el infortunado amante sucumbió a una enfermedad de la que aquel funesto amor fue en gran parte el origen.

Sintiendo cercano su fin, solicitó, como último deseo, que Caroline se dignase al menos ir a recibir su eterno adiós. La joven rechazó tajantemente este ruego. Una de sus amigas, que estaba presente, le dijo amablemente que haría bien en conceder este triste consuelo a un infeliz que moría por y para ella. Sus consejos fueron inútiles. Vinieron por segunda vez a hacerle el mismo ruego, añadiendo que el enfermo solicitaba ver a Caroline más por el interés de ella que por el suyo propio. Pero este segundo mensaje no corrió mejor suerte que el primero.

La amiga de Caroline, indignada por esta dureza hacia un moribundo, la acució con más energía y le reprochó su coquetería y malos procedimientos hacia un hombre a quien al menos podía ofrecer un instante de piedad como expiación. Caroline, cansada de tales impertinencias, consintió finalmente de muy mala gana y dijo: —Vamos, llévame a casa de tu protegido: pero sólo estaremos un momento, te lo advierto, no me gustan ni los moribundos ni los muertos.

Las dos amigas partieron finalmente. El moribundo, al ver entrar a Caroline, hizo un último esfuerzo y tomó la palabra con voz apagada: —Ya no hay tiempo, señorita —dijo—, me habéis negado con crueldad la dicha de veros cuando os lo he rogado: sólo deseaba perdonaros mi muerte. A partir de ahora me veréis más a menudo que en el pasado. Recordad solamente que habéis tardado tres años en llevarme dolorosamente a la tumba... Adiós, señorita... Hasta esta noche.

Al acabar de decir estas palabras, que le costó un trabajo infinito pronunciar, expiró.

Caroline, presa de horror, huyó precipitadamente. Su amiga usó todos los medios posibles para calmar su extrema agitación. Caroline le suplicó que pasara la noche con ella. Dispusieron otra cama en la misma habitación, dejaron

los candelabros encendidos, y las dos amigas, como no podían dormir, estuvieron mucho tiempo hablando entre ellas. De repente, hacia la medianoche, las luces se apagaron por sí solas. Caroline exclama con terror: — ¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! — Su amiga, que sólo oye ahogados suspiros, seguidos de un profundo silencio, reúne sus fuerzas y llama arrebatadamente; acude la gente de la casa, intentan encender los candelabros, pero es inútil. Al cabo de un cuarto de hora, que transcurre en medio de mortales angustias, suena el reloj. Caroline lanza un profundo suspiro, como alguien que sale de un largo sopor. Las velas se encienden solas; la gente de la casa se retira, y Caroline, con una voz agonizante, dice: — ¡Ah! ¡Por fin se ha ido!

— ¿Lo has visto entonces?

— Sí, y estoy totalmente segura de que cumplirá sus amenazas.

— ¡Y qué! ¿Te ha hablado?

— Esto es lo que acabo de oír: durante tres años vendré todas las noches a pasar un cuarto de hora con vos. Por lo demás, estad tranquila, no os haré ningún daño; limito mi venganza a obligaros a ver cada noche a aquel a quien habéis llevado a la tumba a causa de vuestra imprudente conducta.

La amiga, que no sentía mucha curiosidad por ver repetirse la misma escena, se negó a pasar las noches siguientes con Caroline, quien le reprochó que la abandonase a un vampiro. Las visitas nocturnas continuaron.

Caroline, bella, rica, dueña de sus acciones, y con veintiún años, quiso casarse con la esperanza de alejar al fantasma; pero el rumor de las apariciones hizo desistir a los pretendientes. Sólo uno, un gascón, llamado Señor de Forbignac, se presentó y se ofreció como esposo. La necesidad le obligó a aceptar; pero al día siguiente de las bodas (sin que llegara a saberse cómo había transcurrido la noche) el gascón desapareció con la dote y muchas joyas que no formaban parte de ella.

La amiga de Caroline, sensible a tantas desgracias, acudió junto a ella, la consoló lo mejor que pudo y la llevó a un lugar donde concluyó tristemente su penitencia. Pasados los tres años, su vampiro le anunció al fin que ya no le vería más; y cumplió su palabra. Una lección tan severa suavizó su carácter. La muerte del Señor de Forbignac, que tuvo la honestidad de no volver, dejó libre a Caroline para que pudiera casarse de nuevo, y esta vez encontró un esposo que la hizo totalmente feliz.

Flaxbinder Enmendado Por Un Espectro

El señor Hanor, ilustre profesor y bibliotecario de Dantzig, ha combatido, con todas las ventajas que puede dar la verdad, las supersticiones y prejuicios de la mayor parte de los pueblos antiguos y modernos, relativos al retorno de las almas y a las apariciones; y, sin embargo, cuenta con la mayor gravedad la fabulosa aventura que, según él, le ocurrió a un joven llamado Flaxbinder.

Este joven, cuya incontinencia y libertinaje eran sus únicas ocupaciones, se encontraba ausente una noche de su casa; su madre, al entrar en la habitación, percibió a un espectro que se parecía tanto a su hijo, en la cara y en el aspecto, que le confundió con él. El espectro estaba sentado junto a una mesa llena de libros y parecía profundamente absorto en la meditación y la lectura.

La buena madre, persuadida de que veía a su hijo, y agradablemente sorprendida, estaba disfrutando de la alegría que le proporcionaba este inesperado cambio, cuando, de repente, oyó en la calle la voz del propio Flaxbinder, que estaba viendo al mismo tiempo en la habitación...

Al principio, se asustó horriblemente, después, al observar que el que interpretaba el papel de su hijo no hablaba, tenía el semblante sombrío y taciturno, y los ojos extraviados, concluyó que debía de ser un espectro; y como esta evidencia aumentó su terror, corrió a abrir la puerta al verdadero Flaxbinder.

El joven, que venía de pasar una noche de desenfreno, entró haciendo ruido en la habitación. Ve al fantasma... se acerca... y el espíritu no se inmuta... Flaxbinder, petrificado por la visión de este espectáculo, toma al momento, temblando, la resolución de alejarse del vicio, renunciar a los desórdenes y entregarse al estudio; en una palabra: promete imitar al fantasma.

Apenas concibió este loable propósito, el espectro sonrió de una manera horrible, arrojó los libros y se desvaneció. En cuanto a Flaxbinder, cumplió su palabra y se convirtió.

El Castillo Del Lago

Paseándome sobre el lago de Ginebra vi, al pasar por delante de un viejo castillo abandonado, el terror impreso en el rostro de mi barquero que remó con todas sus fuerzas para alejarse del lugar.

—¿Qué te ocurre? —le dije.

—¡Ah! señor, permítame huir lo más pronto posible; vea aquel fantasma de la ventana que me está amenazando.

Vi en efecto, un espectro que hacía gestos amenazantes.

—¡Esta sí que es buena! Cuéntame pues qué sucede de extraordinario en este castillo.

—Señor, —prosiguió el barquero— hace tiempo yo era pescador, y muy intrépido; cien veces me habían dicho mis compañeros: «Honoré no te acerques al viejo castillo; aunque los peces sean muy abundantes en ese lugar, no te dejes tentar, porque todas las almas del otro mundo habitan allí». Despreciaba sus consejos y, como veía a diario mis redes bien llenas, regresaba todos los días a aquel nefasto lugar; había visto en numerosas ocasiones a los aparecidos, pero me burlaba de ellos y, desde mi barca, les plantaba cara. Una noche, ¡noche funesta! estaba sacando mi tráina cuando vi a un fantasma horroroso andar sobre el lago; no me asusté y agarré mi remo para hacer retroceder al espectro (el mismo que acaba de ver) pero ¡oh, horror!, el monstruo sacude su brazo y origina una llama que iluminó todo el lago; en ese mismo instante llenó mi barca de reptiles; el fuego salía de su boca, de sus fosas nasales, de sus ojos, y su voz se asemejaba al trueno. Luego, con una mano vigorosa agarró mi barca y, en un abrir y cerrar de ojos, la hizo desaparecer. Mientras toda mi pequeña fortuna desaparecía, escuché al fantasma decir: «Temerario, el infierno va a recibarte; que este ejemplo enseñe a los débiles humanos a no luchar jamás contra los espíritus infernales». Mientras tanto, yo nadaba con todas mis fuerzas sin saber hacia dónde iba; por fortuna para mí encontré a un pescador que me recogió, me hizo volver a la vida (pues había caído casi muerto en su barca) y me condujo a mi casa. Desgraciadamente, yo me salvé, pero mi barca, mis redes, mi hermano pequeño, todo pereció. Eso es lo que me sucedió, señor; por eso no me acerco jamás a ese maldito castillo si no es por orden expresa de los viajeros. Desde entonces, llevo una triste existencia, soy criado, mientras que antes me ganaba bien la vida y la de mi pobre familia.

—Amigo mío, siento mucho tu desgracia, pero quiero ir a ver el espectro.

—¡Que el cielo le proteja, señor, no regresará de allí con vida!

—¿Vienes conmigo?

—¡No! Ya recibí una buena lección.

—Entonces desembárcame.

—No haga esa locura, por Dios.

—Vamos, desembárcame.

—De acuerdo, pero lo esperaré a una cierta distancia.

Y ahí me tienen, al anochecer, al pie de la torre del castillo. Iba armado hasta los dientes, no contra los fantasmas —porque no creía en absoluto en ellos — sino por miedo a encontrarme con habitantes de este mundo ocupados en cualquier cosa que no fuera rogar a Dios. Entro, todo estaba tranquilo en el castillo, enciendo una vela, me paseo por todas partes, lo veo todo en orden, me instalo en una habitación y, con las armas sobre la mesa, espero al enemigo con pie firme. Empezaba a creer que los diablos o los espíritus me respetarían, cuando oí caer algo por la chimenea: me levanto para mirar, era una cabeza de muerto; un instante después le siguió una pierna, luego los brazos y finalmente el resto del cadáver. «¡Oh! ¡oh! —me dije— no se está demasiado bien aquí; estos espíritus hacen algo más que dar miedo». Estaba pensando en retirarme, cuando se oyó un ruido de cadenas; presto atención, y muy pronto veo a mi espectro que me dirige estas palabras:

—Incrédulo, ¿no te bastaba el terrible castigo de tu barquero, tenías que venir a esta casa?... ¡Tiembla temerario! Todo el infierno se ha desencadenado contra ti.

No pierdo la cabeza, le disparo al fantasma; él se ríe de mi cólera, y tras un gesto suyo, una multitud de demonios entra en el aposento. Producían un ruido horroroso. Huyo de aquella maldita habitación, llego a una escalera, subo, me precipito en otra y en ésta encuentro a un espectro envuelto en un sudario manchado de sangre; huyo de nuevo, miles de esqueletos me agarran con sus manos descarnadas; les ataco con mi sable, pero mis golpes no producen ningún efecto; un espectro monstruoso quiere arrojar sobre mí, lo evito, escapo; pero no sé muy bien hacia dónde ir, pues una humareda densa e infecta llena toda la estancia: perseguido sin cesar por un ejército de fantasmas, me precipito hacia una habitación vecina; pero tan pronto como he puesto el pie dentro, el suelo se hunde y caigo no sé dónde. Estuve sin conocimiento y sólo me recuperé cuando estuve a orillas del lago. Mis ropas estaban hechas harapos, y me encontraba tan débil que no podía tenerme en pie. Mi pobre barquero vino a recogerme y me dijo que desde el lago había visto cosas que lo habían dejado helado de pánico, y que creía firmemente que yo no era ya de este mundo. Tomamos tristemente el camino de regreso hacia Ginebra; allí, le di a mi conductor una suma lo suficientemente fuerte como para permitirle volver a su primera profesión.

Por lo que a mí respecta, fui en numerosas ocasiones a pasearme por el lago, pero jamás me sentí tentado de volver a visitar el infernal castillo.

El Tesoro

Encontrándome en una gran ciudad de provincias, alojado en casa de un amigo, éste me comentó que desde la muerte del propietario nadie podía vivir en paz en la casa porque todas las noches se organizaba un tremento aquelarre. «Oiremos el aquelarre —le dije— y tal vez podamos descubrir al aparecido.» — «No es difícil —respondió mi amigo— puesto que todas las noches vemos su sombra.» — «¡Ah! ¡ah! tanto mejor.»

Ahí me tienen al acecho desde el atardecer. Había tenido la precaución de coger un arma. Hacia las once, cuando nos encontrábamos cenando, un gran fantasma entró cubierto con un sudario; todos se echaron a temblar menos yo que me eché a reír. Cuando el espectro me hizo un gesto para que lo siguiera le contesté: «De acuerdo, vamos.»

Bajamos; me conduce al sótano, allí me señala una piocha y me dice: «Excava». Me decido a obedecerlo; apenas había dado cincuenta golpes, cuando encuentro una olla de hierro herméticamente cerrada. «Coge esa olla —me dice el fantasma— y mira lo que contiene». Cual no fue mi sorpresa al hallarla repleta de oro. «Contiene mil luises de oro —prosiguió mi interlocutor— lléveselos a mi hijo y dile que no me imite; devorado por el demonio de la avaricia, mi única pasión fue la de amontonar oro sobre oro; ahora pago las consecuencias, pues estoy condenado a cien años de sufrimiento. Dile además a mi hijo que mande decir cincuenta misas anuales por mi alma, eso abreviará mi penitencia. Adiós.» Al terminar, desapareció. Le entregué fielmente a su hijo el tesoro que había encontrado y a partir de entonces, la paz quedó restablecida en la morada de mi amigo.

La Ahijada Del Señor O La Nueva Wertheria

Hace un año, mis investigaciones botánicas me condujeron a los alrededores de un pueblito no lejos de Loudun. Una mujer de unos cuarenta años me encontró en la montaña e imaginó que yo estaba cogiendo simples. Me percaté de que tenía ganas de hablar conmigo y, sin adivinar qué podía originar aquel deseo, inicié yo mismo la conversación. Me dijo entonces que era muy desgraciada, que tenía una hija que era su único consuelo, a la que amaba más que a ella misma y a la que estaba a punto de perder, pues estaba muy enferma y desahuciada por los médicos. A continuación, me rogó llorando que fuera a visitarla y no le negara mi auxilio. Habría resultado inútil negarme; y además ¿por qué iba a privarla del encanto de un momento de esperanza, compensación estéril pero dulce, de muchos meses de incertidumbre y de lágrimas? Caminé detrás de ella entre las giniestas en flor y las marañas de brezos, hasta que llegamos a la aldea. Finalmente, me indicó la puerta de su casucha, y entré en un recinto en el que la chica yacía sobre un viejo catre, entre dos cortinas verdes. Estaba apoyada sobre uno de los brazos; sus ojos eran huraños, sus mejillas rojas y ardientes, su boca jadeante y pálida. Parecía tener dieciséis o diecisiete años como mucho, pero sus facciones eran poco agraciadas; sólo destacaba una expresión conmovedora y apasionada que tiene el poder de embellecerlo todo.

—Suzanne —le dijo su madre— aquí tienes a un señor que tiene grandes conocimientos y que, sin duda, curará tu enfermedad—. Ella se volvió hacia la pared sonriendo dulcemente.

—Suzanne —le dije tomando su mano—, no se abandone a una injusta depresión; hay remedios para todo.—Ella levantó la cabeza y me miró fijamente.

—Si examino unos minutos los síntomas de su enfermedad, encontraré sin duda la forma de aliviarla.

Sonrió de nuevo y retiró su mano de la mía con un ligero esfuerzo. Su madre salió. No sé qué inquietud se había adueñado de mí. Caminaba a grandes pasos por la casilla, y mi imaginación sólo me presentaba pensamientos vagos e inquietos. Sin embargo, aquella chica me interesaba. Regresé a su lado, y me senté. Oí un suspiro. Busqué la mano que antes me había retirado. La mía estaba ardiendo; ella la apretó.

—Suzanne —exclamé apoyando la mano sobre su corazón— es aquí donde está tu padecimiento.—Sus párpados se bajaron con calma melancólica; estaban inflamados y tirantes. Las pestañas, reunidas en manojillos, brillaban aún por la humedad del llanto.

—Estás enamorada —dije a media voz. Su pecho palpitaba. Deslizó sus dedos por un bucle de cabellos negros y lo colocó sobre el rostro. Yo la rodeé con uno de mis brazos. La aproximé a mi pecho con un casto gesto. Mi respiración rozaba sus labios. Ella habló; apenas la oía.

—No es él —decía.

—No, no es él —le respondí—; pero ¿no va a venir?

Y Suzanne movió la mano alrededor de la cabeza.

—Tal vez lo veas mañana —le dije. No contestó. Yo temía agriar su pena y guardé silencio. Me seguía mirando y yo lloraba. Había una lágrima en su mejilla; la secó con el dorso de la mano. Otra había caído sobre su mano y la recogió con los labios.

—Eres muy dichoso —me dijo—; creo que has llorado. Y luego, observándome con mayor atención, comentó: «Podría enamorarme de ti, porque tienes alma de ángel. Dime, no obstante, si eres noble». Yo dudaba en confesarlo. Cuesta decirlo ante el camastro de la miseria.

—¡Oh! —prosiguió— noble y hombre; doble error. Pero tú eres aún joven... me gusta ver como te ruborizas.

Quise decirle: «Explícame esas palabras». Pero no pronuncié la frase, ¿necesitaba una aclaración dolorosa para ofrecerle mi piedad? Nos entendíamos bien así. Un poco más tarde vi a la madre que esperaba las palabras que yo iba a pronunciar como un oráculo salvador.

—¿Ha estado enamorada?

—¡No! ¡Jamás! Ha tenido ricos pretendientes y, pese a nuestra indigencia, han solicitado con ardor el amor de mi Suzanne. Pero ha sido indiferente con todos. Le habría gustado que hubiera por aquí claustros en los que enterrar su juventud, porque el mundo le parecía desagradable, y consideraba que la vida era larga y difícil. Creo que ningún hombre ha conseguido ni un solo beso de Suzanne, si no es su padrino. Tiene doce años más que ella, y es el hijo del antiguo señor del pueblo. Cuando él se encontraba ausente sirviendo al rey, ella decía: «Estoy segura de que mi padrino regresará, porque Dios me lo ha prometido; y cuando él, mi Frédéric, regrese le regalaré un cordero muy blanco con cintas azules y rosas y guirnalda de flores según la estación». Fue, en efecto, a su encuentro y cuando él la vio, bajó de su caballo para besarla en la frente. «¡Mirad qué hermosa es Suzanne! —decía—. No quiero que conduzca los rebaños a lo largo de los setos ni que queme su tez bajo los rayos del sol, pues la quiero como a mi hermana».

Al día siguiente regresé muy temprano. La encontré peor.

—Oye, —me dijo besándome— debes ser tan bueno como bello, y voy a pedirte algo más importante que la vida. Convince a mi madre para que me dé mi vestido blanco, mi toca de muselina y mi crucecita de cristal. Cógeme aciano en el jardín y un iris a la orilla del arroyo. Hoy es el aniversario de mi

nacimiento.

Hice lo que me había pedido, y su madre la vistió. Pero al bajar de la cama, se sintió muy débil. La campana sonaba muy cerca, pues la iglesia estaba enfrente. La madre dijo: «Sabes bien que es la boda de Frédéric; si no estuvieras enferma, bailarías como las señoritas en los grandes salones del castillo. ¿Por qué no te animas?». ¡Ya no escuchaba, la pobre Suzanne! No obstante nos dijo que se encontraba mejor. La madre y yo nos acercamos a la puerta para ver pasar a los novios. La novia elegía, con atención temerosa, el lugar en el que debía posar sus pies para no estropear los bordados de sus zapatos. Todos sus movimientos eran lentos y afectados; todos sus gestos soberbios y desdenosos. En sus pasos, en sus miradas, en el arreglo de su cabello, en los pliegues de sus ropas, sólo había simetría. ¡Oh! ¡Qué desagrado le inspiraban los cuidados de una fiesta sencilla y de una ceremonia común! Frédéric caminaba detrás. Sus grandes ojos estaban entornados, su aspecto descuidado, su andar lento y preocupado. Al pasar por delante de la casa, miró con expresión sombría y descontenta; retrocedió medio paso mordiéndose los labios, deshojó un ramo de flores que llevaba en las manos, y prosiguió su camino. La iglesia se abrió. Me había quedado solo y estaba reflexionando sobre todo aquello, cuando oí un grito prolongado. Corrí. La madre estaba de rodillas. La hija en la cama.

— ¿Está segura?

— ¡Mire! — me dijo la madre...

Suzanne estaba inmóvil, pálida, inanimada, muerta. La toqué, estaba ya casi fría. Apliqué el oído para asegurarme de que había dejado de respirar.

Y esto es lo que me sucedió en un pueblito de los alrededores de Loudun.

La Liebre

Un amigo mío, honesto agricultor, era un empedernido cazador ; lo veían, desde el amanecer saltar zanjas, subir colinas y perseguir a su presa hasta en sus últimos atrincheramientos.

Una tarde en que roto de cansancio, y de muy mal humor, tomaba tristemente el camino de regreso a casa con el morral vacío, una liebre sale a sus pies, mi amigo dispara y yerra el tiro: su mal humor aumenta; éste desaparece no obstante cuando ve que la liebre se agazapa a cien pasos de él. Recarga su escopeta, se acerca, dispara y yerra de nuevo los dos tiros; no comprendía cómo había podido ser tan torpe, él que no disparaba nunca en falso. Retoma el camino refunfuñando, cuando vuelve a ver a la liebre, sentada sobre su trasero atusándose apaciblemente los bigotes. «Esta vez —dijo el cazador— no me desafiarás más»; entonces, apuntándole con una precisión que no lo engañó jamás, lanza el disparo y cree haber abatido a su víctima: vana ilusión, pues sale huyendo unos pasos y parece burlarse de su enemigo. El intrépido cazador, arrebatado de ira, jura perseguirla hasta el fin del mundo; cumplió su palabra y tan bien que al cabo de dos horas había consumido toda su munición, aunque veía aún al maligno animal plantarle cara insolentemente, a unos pasos de él. Sin contenerse más de rabia, mi amigo busca hasta el fondo del zurrón y encuentra una carga de pólvora, pero sin plomo; no sabía qué hacer, cuando se le ocurrió la idea de retorcer monedas de seis liards y de seis sous y hacer con ellas balas. Había llegado a recargar su escopeta a fuerza empeño y paciencia y se disponía a disparar, cuando la liebre cambió de repente de aspecto y fue reemplazada por un hombre que dirigió estas palabras al cazador: «Deja de perseguirme, desgraciado; el cielo ha permitido que vuelva a ser criatura humana para impedir que cometas un crimen. Yo soy tu abuelo: desde hace cincuenta años vivo en esta llanura bajo el aspecto de una liebre, y mi penitencia debe prolongarse aún por cincuenta más. Si no quieres sufrir la misma pena, evita tus pecados.» Cuando concluyó estas palabras, se convirtió de nuevo en liebre y dejó a su nieto estupefacto y temblando de espanto. numerosas montañas boscosas. Se quedó muy sorprendido cuando, creyéndose solo, oyó que alguien lo llamaba por su nombre. La voz no le resultaba desconocida. Pero como no parecía demasiado dispuesto a responder, lo llamaron por segunda vez. Creyó reconocer la voz de su padre, recién fallecido. Pese a su miedo, no dejó de dar unos pasos hacia adelante. Pero cuál no sería su sorpresa al ver una gran caverna o una especie de abismo, en la que había una escalera muy larga que iba de arriba abajo. El espectro de su padre se apareció en los primeros peldaños y le dijo que Dios había permitido que se le

apareciera para darle instrucciones acerca de lo que debía hacer por su propia salvación y por la liberación de quien le hablaba, así como por la de su abuelo, que se encontraba unos cuantos peldaños más abajo. Añadió que la justicia divina los castigaba y los retenía donde estaban hasta que no restituyera a un determinado monasterio una herencia usurpada por sus antepasados... Recomendó a su hijo que realizara dicha restitución lo antes posible para evitar el castigo divino, pues de no hacerlo su lugar estaba ya reservado en aquel lugar de tormento. Tras aquella amenaza, la escalera y el espectro empezaron a desaparecer insensiblemente, y la entrada de la caverna volvió a cerrarse. El señor, cuyo pavor había llegado al límite, regresó inmediatamente a su casa; la agitación de su espíritu no le permitió intentar profundizar en aquel misterio. Devolvió a los monjes los bienes que le habían indicado, dejó a su hijo el resto de su herencia e ingresó en un monasterio donde pasó santamente el resto de su vida.